LA ANTIMODERNIDAD EN ESTADOS UNIDOS: UNA HISTORIA DE AUTOENGAÑO Y VOCES QUE CLAMAN EN EL DESIERTO

John Rao

1. Modernidad, voluntarismo y protestantismo

Para hablar de la batalla contra la modernidad hay que empezar por tener una idea clara de lo que es realmente. A mi juicio (formado en los pensadores del renacimiento católico del siglo XIX, que estaba imbuido por una comprensión del significado absoluto de la Encarnación y del Cuerpo Místico de Cristo), la modernidad significa intensificar la antiquísima inclinación de aceptar la naturaleza «tal cual es»: ya sea condenándola como una pesadilla de la que uno debe huir con horror, ya sea explotándola sin cuestionar espiritual o intelectualmente de dónde puede haber venido, para qué puede haber sido creada y cómo, si no cumple sus propósitos, podría ser redimida.

Según este planteamiento, los principios de la modernidad ya estaban de alguna forma presentes en el enfrentamiento entre los sofistas y Sócrates, pero quedaron reducidos a la clandestinidad en la primera mitad de la era cristiana. Empezaron a resurgir en el siglo XII a través de la alianza –a menudo tirante– entre los pensadores gnósticos que rechazaban la creencia en una naturaleza que fuese creación de un Dios bueno, y los designios de los dueños del poder y del dinero, que querían liberar sus negocios del lastre de cualquier «regla de juego» teológica o filosófica. Georges de Lagarde describió esta alianza en *La naissance de l'esprit laïque au déclin du moyen âge* (Nauwelaerts, cinco volúmenes, 1958), un texto ahora casi totalmente desconocido.

Fundación Speiro

La guerra de la modernidad contra Dios y contra la naturaleza hunde sus raíces en el cristianismo (a través de la Revolución protestante y del abierto naturalismo de los siglos posteriores) y desató el poder del voluntarismo individual e irracional. Este voluntarismo se manifestó luego en la exigencia del derecho a difrutar de todo, desde un descarado libertinaje a la prepotente imposición a los demás de los propios dogmas ideológicos, en detrimento de todos los aspectos de la personalidad humana, incluida la del tirano.

2. El problema de la Ilustración moderada

Quien utilice esta definición de modernidad posiblemente no pueda contemplar la idea de luchar contra ella con los instrumentos que ofrece la denominada Ilustración moderada. Como señala Jonathan Israel, profesor emérito en la Universidad de Princeton y uno de los mayores historiadores contemporáneos de los siglos XVII y XVIII, este producto de la experiencia anglo-americana (y, en forma muy distinta pero análoga, también prusiana) no es más que una «maniobra de contención» ante sus versiones más radicales, ateas y democráticas, libertinas y a la vez tiránicas (1). Esto se debe a que sus defensores fundamentan su rechazo a una destrucción total de un orden normativo de las cosas en los dictados supuestamente obvios de un «sentido común natural» cuya lógica subyacente, sin embargo, asegura esa destrucción total, y fundamentan su posición exclusivamente en la voluntad, lo cual confirma su debilidad racional. Es más, esa voluntad, a pesar de que periódicamente combate incluso físicamente a sus oponentes, suele mostrarse dispuesta, si se la presiona, a incorporar, a esos «evidentes» dictados de la sabiduría de su «sentido moral común» puramente convencional, las mismas conclusiones lógicas radicales que denunciaba hasta ayer.

(1) Véase, Jonathan I. Israel, *Radical Enlightenment, Enlightenment Contested, Democratic Enlightenment*, Oxford, Oxford University Press, 2002-2013.

Fundación Speiro

3. El engañoso partido del orden

Pese a su insustancialidad intelectual, la confianza con la que se presentan dichos argumentos de la Ilustración moderada, en cuanto basados en un convencional sentido común moral, los hace extremadamente tentadores para los cristianos, tanto en Europa como en Estados Unidos, mermando su capacidad para promover debidamente durante ese proceso sus auténticas creencias junto con todas sus consecuencias. Los moderados han organizado a sus adeptos una y otra vez en diversos «partidos del orden», insistiendo en que cuestionar su perspectiva del «sentido común» sólo sirve para debilitar la evidente necesidad prioritaria de luchar contra fuerzas radicales, cuya victoria, sin embargo, ellos preparan con eficacia. Aunque la primera utilización del término «partido del orden» nació en Francia en 1848 para unir a las fuerzas conservadoras, católicos incluidos, contra la «amenaza roja», los sargentos de captación de dichas facciones ya venían actuando, y con gran éxito, desde tiempos de la Revolución Gloriosa inglesa.

La mayor parte de los estadounidenses que creen ser adversarios militantes de la «modernidad» actúan precisamente con este enfoque de la Ilustración moderada y del partido del orden, utilizando argumentos que les convierten en autoengañados compañeros de viaje de la visión del mundo contra la cual se han convencido a sí mismos, falsamente, de que están luchando realmente. Esto tiene como consecuencia, una vez más, castrar y convertir en ilógicos los sentimientos anti-modernos que suelen estar realmente presentes en sus opiniones, y desbaratar los esfuerzos de los auténticos enemigos de la modernidad. Los verdaderos antimodernistas son desterrados a las tinieblas exteriores por el partido del orden americano, que los rechaza como locos sin sentido o incluso simplemente como radicales: esto es, agentes de una u otra versión de la «amenaza roja», en la que quedan hoy también incluidos los representantes de cualquier religión militante, tanto católicos como musulmanes. La Ilustración moderada americana, como Roma, siempre necesita un perverso «Cartago» para sobrevivir.

Fundación Speiro

4. El partido del orden americano y la antimodernidad

Hay muchas formas de adentrarse en esta historia de autoengaño y de voces que claman en el desierto, pero creo que para mí la mejor consiste en relatar mi experiencia personal en el bando estadounidense «anti-modernidad», algo que comenzó muy pronto en mi vida, en los años 60.

Primero me referiré a la labor de una persona concreta. El hombre en cuestión es Russell Kirk (1918-1994), cuya obra principal, *La mentalidad conservadora* (1953), fue indudablemente el toque de rebato para que muchos pensadores comenzasen a cuestionar a las fuerzas dominantes en la vida política y social de Estados Unidos, ese «puñado de personas, algunas de ellas poco acostumbradas a una responsabilidad moral de esa magnitud», que «convirtieron en su misión extirpar la población de Hiroshima y Nagasaki» (2). Kirk, de palabra y por escrito, expresó ciertamente opiniones que suponían un rechazo a toda la visión gnóstica o naturalista de la existencia, y con la edad se convirtió al final en católico tradicionalista.

Sin embargo, en buena medida *La mentalidad conservadora* ilustra el problema antes señalado, porque presenta al lector el pensamiento de unos hombres (muchos de ellos muy activos en el ámbito político, como John Adams (1735-1826) y John Calhoun (1782-1850), que sin duda exhibían diversos sentimientos anti-modernos, pero cuya lógica adolece o bien de unos principios fundamentales básicamente orientados a lo «prudente» y al «sentido común», o bien de su necesidad histórica de aferrarse a cualesquiera argumentos que les «sirviesen» para justificar la esclavitud en Estados Unidos. Los conservadores de Kirk, horrorizados ante la dirección por la que se encaminaba el mundo, eran en general lo que siguen siendo hoy: simplemente «liberales de origen *whig* que han sido atracados» o que temen ser atracados en un futuro inmediato por las consecuencias del individualismo que se deduce, en última instancia, de sus

(2) Bradley J. Birzer, *Russell Kirk: American Conservative,* Lexington (Kentucky), University of Kentucky Press, 2015, pág. 88.

Fundación Speiro

principios de origen en John Locke. No pueden escapar del error básico de toda la modernidad anglo-estadounidense: su naturalismo anti-intelectual y su intento de crear un orden social basado en considerar el pecado original como un componente positivo de la sociedad, controlado supuestamente por los frenos y contrapesos (*check and balances*) que una «pasión» liberada ejerce sobre otra.

Dada la debilidad de los puntos de partida de los autores estudiados por Kirk (tanto en *La mentalidad conservadora* como en escritos posteriores), hay que reconocer que la evolución de algunos de ellos hacia una anti-modernidad más sustantiva resulta impresionante. Esto es particularmente cierto en el caso de Orestes Brownson (1803-1876), quien en la primera mitad del siglo XIX se convirtió al catolicismo desde el calvinismo, pasando por el idealismo romántico del trascendentalismo americano. Sus *Conversations on Liberalism and the Church (Conversaciones sobre el Liberalismo y la Iglesia)*, publicadas en 1869 tras el *Syllabus* de Pío IX (1864), cuya crítica del *Zeitgeist* (espíritu de la época) se tomó muy en serio, refleja un paulatino rechazo a la insuficiencia del planteamiento convencional de la Ilustración moderada. Ese rechazo le condujo a comprender el peligro de radicalización en el pensamiento de uno de sus mayores admiradores, el padre Isaac Hecker (1819-1888). La afirmación de Hecker de que la unión entre la libertad estadounidense y la verdad católica conduciría a «un futuro mejor que cualquier pasado» era un dogma central del movimiento americanista. Condenado por León XIII en la carta apostólica *Testem benevolentiae* (1899), este movimiento se mantuvo vivo hasta que, tras el Concilio Vaticano II, transformó el catolicismo de Estados Unidos en un impotente club religioso más, sujeto a la Iglesia Establecida del Pluralismo Americano, y unido con sus eunucos compañeros en la defensa del individualismo de Locke (3).

(3) Russell Shaw, «The Weathercock and the Mystic: The Prophetic Friendship of Orestes Brownson and Isaac Hecker»: https://www.crisismagazine.com/2006/the-weathercock-and-the-mystic-the-prophetic-friendship-of-orestes-brownson-and-isaac-hecker. La frase de Hecker citada está en su tumba en la Iglesia de San Pablo, Lincoln Center, en la ciudad de Nueva York.

Fundación Speiro

Otra extraordinaria voz anti-moderna, aunque Kirk no insiste en ella, fue la coalición en 1863 de once denominaciones protestantes de siete Estados del norte, las cuales, convencidas de que todos los gobiernos civiles derivan su legitimidad de Dios, y de que la guerra civil era un castigo de Dios por haber sido omitido en la Constitución de los Estados Unidos, propusieron una enmienda al preámbulo del documento nacional fundacional, «reconociendo el ser y los atributos de Dios Todopoderoso, la Divina Autoridad de las Sagradas Escrituras, la ley de Dios como ley fundamental y a Jesús como el Mesías, Salvador y Señor de todos». El Movimiento por la Enmienda Cristiana (Christian Amendment Movement) se fundó al año siguiente y pronto cambió su nombre por el de Asociación por la Reforma Nacional (National Reform Association), que se movilizó para modificar la Constitución aún más profundamente, «reconociendo humildemente a Dios Todopoderoso como la fuente de toda autoridad y poder del gobierno civil, a Jesucristo Nuestro Señor como soberano de las naciones [y] a su Voluntad revelada como la suprema ley del país» (4). A pesar de que se reunieron con Lincoln, del apoyo de varios senadores y de presentar reiteradamente propuestas similares en el Congreso hasta el año 1969, el único resultado práctico de esta iniciativa fue la incorporación en 1864 de la frase *In God we trust* a un icono nacional tan reconocido y fundamental como la moneda.

5. La impotencia de la antimodernidad

Kirk entende que el periodo entre 1865 y 1918 fue letal para la formulación de una crítica a la modernidad en Estados Unidos, y sin embargo en aquella época se habló seriamente de muchos de sus sentimientos característicos. Esto es especialmente cierto si uno incluye en la antimodernidad la crítica al mecanismo naturalista y amoral de la revolución industrial y a la libertad desenfrenada de sus

(4) Jim Allison, «The NRA (National Reform Association) and the Christian Amendment», http://candst.tripod.com/nra.htm; véase también Christopher Ferrara, *Liberty, the God that Failed*, s.l., Angelico Press, 2012.

Fundación Speiro

dirigentes burgueses. Tanto los protestantes como los católicos (estos últimos editaron 1392 periódicos y revistas a lo largo del siglo XIX) eran conscientes del crecimiento de la inmoralidad en Estados Unidos, que relacionaban con las ambiciones individuales de los poderosos plutócratas industriales. La población rural convirtió esta crítica en el poderoso movimiento populista de la década posterior a 1890, que comparaba Wall Street con Sodoma y Gomorra. Quienes saludaron con gran entusiasmo la llegada de la Estatua de la Libertad a Nueva York en 1888 fueron los banqueros y los masones, mientras que católicos como John Gilmary Shea (1824-1892) la atacaron en *The American Catholic Quarterly Review* como un símbolo de la interpretación de la libertad propia de la Ilustración radical.

Sin embargo, los críticos del significado revolucionario de la estatua se limitaron a reiterar la línea el partido whig-liberal, insistiendo –junto con Isaac Hecker– en que si los católicos aceptaban la visión americana «correcta» de la libertad obtendrían «un futuro más brillante que cualquier pasado». Solamente profesores franceses y alemanes invitados en la nueva Catholic University of America en Washington, D.C. (1887) parecieron dispuestos a condenar abiertamente esa concepción, y fueron expulsados de sus puestos en la década de los 1890 (5). Cuestionar la Ilustración moderada propia de «la voluntad de los Fundadores» –entendida esa voluntad como opuesta a su fe o a su razón– simplemente no podía ser una opción católica en Estados Unidos (6).

---

(5) Hay una vasta literatura sobre la recepción de la Estatua de la Libertad. John O'Kane Murray, *A Popular History of the Catholic Church in the United States*, pág. 553; Francesca Lidia Viano, «Sentinel» (October, 2018), https://placesjournal.org/article/sentinel-the-statue-of-liberty/?cn-reloaded=1); «Who's Afraid of Lady Liberty?» (octubre, 2018), https://harvardpress.typepad.com/hup_publicity/2018/10/whos-afraid-of-lady-liberty.html; Barry Moreno, *The Statue of Liberty Encyclopedia*, Simon and Schuster, 2000; Carol E. Harrison, «Edouard Laboulaye, Liberal and Romantic Catholic» (https://h-france.net/rude/wp-content/uploads/2017/08/HarrisonVol6.pdf); *The American Catholic Quarterly Review*, vol. 10, pág. 8; Robert Hieronimus y Laura E. Cortner, *The Secret Life of Lady Liberty: Goddess in the New World*, Destiny, 2016.

(6) Véase John Rao, *Americanism and the Collapse of the Church in the United States*, Roman Forum, 1995.

Fundación Speiro

Una fuente constante del sentimiento anti-moderno que cita Kirk, y que en ocasiones se aproxima a una crítica mucho más fundamental (antes, durante y después del periodo «estéril» 1865-1918) es la que procede del mundo literario estadounidense. Muchos de sus representantes eran muy conscientes del impacto devastador sobre la mente y el espíritu humanos de las modernas teorías sobre el individualismo, la igualdad y el utilitarismo mecanicista. Edgar Allan Poe (1809-1849) fue uno de ellos, con su denuncia contra la «aristocracia de los dólares» en el país, llevada a su perfección en un republicanismo democrático que constituye «una forma muy admirable de gobierno para perros» (7).

Especialmente sustantivos en su crítica fueron Paul Elmer More (1864-1937) e Irving Babbit (1865-1933), dos académicos de la Ivy League (las ocho universidades más prestigiosas) unidos, a partir de 1895, en impulsar lo que denominaban «el Nuevo Humanismo». La inmoralidad moderna a la que se oponía More «no era la evidente de la obscenidad o la insinuación, sino una falsificación de la naturaleza humana» que tiraba por la borda «la filosofía de la religión tal como se había desarrollado a lo largo de dos mil años en la tradición nuclear del cristianismo», y destruía así el papel de la inteligencia, fortaleciendo un orden social «rendido a la teoría de la evolución permanente, sin ningún principio salvo incrementar el placer de los individuos», con consecuencias últimas «fratricidas». Babbit, en *What is Humanism? (¿Qué es el humanismo?)* (1895) y en *Democracy and Leadership (Democracia y liderazgo*) (1924), apuntó que esta falsificación de la naturaleza humana actúa a través de un naturalismo falsamente optimista, con dos tendencias: la del mecanicismo de Bacon y la del sentimentalismo individualista de Juan Jacobo Rousseau (8).

---

(7) Robert Merry, «The Political Thought of Edgar Allan Poe», *The Imaginative Conservative* (https://theimaginativeconservative.org/2018/11/edgar-allan-poe-political-thought-robert-e-merry.html).

(8) Russell Kirk, *The Conservative Mind: From Burke to Eliot*, Regnery, 1965, págs. 423-424; Claes Ryn, «An American Classic». www.Kirkcenter.org. The Russell Kirk Center for Cultural Renewal. Consultado el 24 de agosto de 2014.

Fundación Speiro

6. De las críticas de enteguerras al abrazo de la guerra fría del partido del orden

El periodo de entreguerras acogió en el ámbito estadounidense diversos otros ataques literarios, académicos y políticos a uno u otro aspecto de los principios modernos fundamentales del mecanicismo naturalista y del individualismo desvinculado, y a sus negativos efectos sobre la dignidad humana, la moralidad, y el orden social. Sewart Bishop Collins (1899-1952), un admirador del «Nuevo Humanismo», siguió buscando un remedio a los males del gobierno moderno en un artículo titulado «Monarch as Alternative» («La monarquía como alternativa») (1933) en el primer número de su revista, *The American Review* (1933-1937). A su modo, él compartía el llamamiento anti-industrial de un grupo de doce escritores, poetas, ensayistas y novelistas estadounidenses de la Vanderbilt University, en Nashville, quienes publicaron en 1930 un libro titulado *I'll Take My Stand. The South and the Agrarian Tradition (Yo Juro. El Sur y la Tradición agraria)* que utilizaba el imaginario del mundo anterior a la guerra civil como una especie de guía, *mutatis mutandis*, para la solución a los problemas de la América sin salida de la Gran Depresión. Y no se puede negar que hay un ataque parcial a los fundamentos de la Ilustración moderada en el mensaje de doctrina social católica del padre John Ryan (1869-1945), autor en 1919 del *Programa de los Obispos para la Reconstrucción Social*, y en la crítica global del padre Charles Coughlin (1891-1979) al capitalismo y al comunismo. Pero lo que siempre parece faltar en estos hombres es lo que T.S. Eliot (tributario y a la vez admirador crítico del Nuevo Humanismo) definía, en su valoración de Babbit, como *rigor dogmático*, la única fuerza capaz de unificar los ataques a la modernidad en un todo coherente y lógico (9).

(9) Clyde Wilson, «Russell Kirk's 'Southern Valor», *The Imaginative Conservative* https://theimaginativeconservative.org/2012/09/russell-kirks-southern-valor.html; Seward Collins, «Monarch as Alternative», *Conservatism in America Since 1930*, Gregory L. Schneider (ed.), NYU, 2003, pág. 22; En Ryan, véase https://cuomeka.wrlc.org/exhibits/show/bishops/background/1919-bishops-reconstruction T.S. Eliot, «The Humanism of Irving Babbit», *Selected Essays*, 3ª ed., Londres, 1951, pág. 452.

Fundación Speiro

La crítica de Eliot sirve muy bien para presentar las otras dos influencias sobre mi incorporación juvenil al campo anti-modernista: un *think tank* académico denominado The Intercollegiate Studies Institute (ISI), que abrió sus puertas en 1953, y *The National Review*, fundada dos años después. Tanto el *think tank* como la revista, aunque indudablemente dieron una oportunidad a varios pensadores de mentalidad verdaderamente anti-moderna para que expresasen sus opiniones, en última instancia muestran, aún más claramente que *La mentalidad conservadora*, la influencia, trágicamente anti-dogmática, anti-intelectual y castrante, de la Ilustración moderada en Estados Unidos.

Frank Chodorov (1887-1966), director de la Henry George School of Social Sciences y editor de un periódico llamado *The Freeman*, fue quien creó dicha organización académica, cuyo primer presidente fue William F. Buckley, Jr. (1925-2008), recién salido de la CIA. Actuaba –y lo sigue haciendo– mediante seminarios y escuelas de verano en campus universitarios, mano a mano con la revista trimestral *Modern Age* de Russell Kirk (1918-1994), de la cual terminó por asumir el control en 1976. *Modern Age* demostró ser especialmente importante como altavoz para escritores a quienes el doctor Paul Gottfried (nacido en 1941), actualmente miembro del Institut des Sciences Sociales, Économiques et Politiques de Lyon (Francia), elogia porque respetaban «la enseñanza humanística, el respeto a lo eterno y el sentido de la finitud humana, valores que (¡ay!) están cada vez menos presentes en la presentación académica de las artes liberales» (10). Yo mismo asistí a las escuelas de verano del ISI todos los años desde 1970 hasta que me fui a Oxford, gracias una de las generosas Becas Richard Weaver de la organización, y luego fui su director para el Este en 1978-1979.

William F. Buckley, Jr. (1925-2008) fue también el fundador y director de *The National Review*, que en 1955, en la declaración de intenciones de su primer número, proclamó que «se afirmaba como un bastión en la historia, gritando

(10) Frank Chorodov, *Out of Step: The Autobiography of an Individualist*, Devin-Adair, 1962; http://dictionary.sensagent.com/modern%20age%20periodical/en-en/.

Fundación Speiro

Stop en un momento en el que nadie quiere hacerlo, o teniendo mucha paciencia con quienes tanto lo alientan». Alababa a sus colaboradores y patrocinadores por encontrarse «en el bando de la excelencia más que en el de la novedad», y por ser inconformistas en una era de «conformismo» con «las modas y las falacias» «más que de lo que nunca se haya conocido antes» en la historia. Muchos de quienes asistían horrorizados a la evolución contemporánea elogiaron con entusiasmo a Buckley como «el maestro, el que sabe» exactamente lo que acarrean los errores de la modernidad (11).

Aunque hay que reconocer una gran diversidad de escritores y colaboradores en la labor que hicieron el ISI y *The National Review* (lo que incluía a todo el mundo, desde miembros de las familias de la antigua Ivy League a muchos hijos de inmigrantes judío-americanos y emigrados católicos europeos de la postguerra), cualquiera que contemple sus directrices principales puede ver que su ethos estaba firmemente asentado en la mentalidad del «partido del orden», junto con el anticomunismo y una sensación general de que había que luchar de alguna manera contra «el declive cultural y moral», un «Cartago» necesario para mantener prietas las filas. Esta perspectiva fue promovida bajo la rúbrica del «fusionismo», un término popularizado por Frank Meyer (1909-1972), uno de los muchos fichajes judeo-americanos del equipo de *The National Review* que habían sido abiertamente izquierdistas.

El fusionismo significaba el deseo pluralista de unir a diferentes escuelas del pensamiento «conservador» y a diversas «ortodoxias» religiosas (católica, cristiana oriental, protestante o judía) en una batalla común contra los cartagineses enemigos de la «libertad», excluyendo a aquellos a quienes se consideraba indignos de fomar parte de ese bando amplio y supuestamente «anti-progresista». Como ha observado a este respecto Richard Lowry, actual director de *The National Review*, «el primer gran logro de Buckley fue purgar de locos a la derecha estadounidense». Los «locos»

(11) https://www.nationalreview.com/1955/11/our-mission-statement-william-f-buckley-jr/.

Fundación Speiro

incluían a cualquiera que pudiese ser de alguna forma etiquetado como «antisemita» incluso en la más amplia definición del término, algo fundamental para un movimiento en el que los intelectuales judíos desempeñaban un papel esencial para determinar las categorías del bien y del mal. «Locos» también se refería (y esto es aún más importante a largo plazo), a quienes hablaban abiertamente sobre lo que la ortodoxia religiosa podía realmente exigir de los hombres en el proceso de someter las voluntades individuales a las exigencias morales de la fe y de la razón aplicadas por las autoridades sociales. Porque, en última instancia, un ISI que había nacido bajo el nombre de Intercollegiate Society of Individualists y un *The National Review* cuya declaración de intenciones ensalzaba como icono cultural al hombre de negocios, estaban más íntimamente unidos por el amor a la libertad de origen anglo-americano *whig* y progresista (en particular, la libertad económica) que por nada que pueda denominarse tradicional en el más amplio y venerable sentido occidental del término. Como dijo el militante libertario Murray Rothbard (1926-1995) del fundador del ISI, y podría haber dicho también de Buckley: «Nunca olvidaré la profunda emoción –una emoción de liberación intelectual– que me atravesó cuando tuve noticia del nombre de Frank Chodorov, meses antes de conocernos personalmente. Como joven estudiante licenciado en Economía, siempre había creído en el libre mercado, y con el paso de los años me había hecho cada vez más libertario, pero este sentimiento era poco más que la frase descollante en el título de un panfleto con el que me había topado en la librería de la universidad: *Taxation is Robbery (Los impuestos son un robo)* de Frank Chodorov. Ahí estaba: simple, quizá, pero ¿cuántos de nosotros, por no hablar de cuántos profesores de economía y hacienda, habían proclamado alguna vez esta verdad aplastante y demoledora?» (12).

(12) Jonah Goldberg, «Fusionism Today», *National Review* (https://www.nationalreview.com/magazine/2018/12/03/frank-meyer-fusionisms-impact-today/; Jack Cashill, https://www.wnd.com/2019/01/heads-should-roll-at-national-review/; Murray N. Rothbard, «Frank Chodorov, R.I.P.», *Left & Right: A Journal of Libertarian Thought*, vol. 3, núm. 1 (1967), págs. 3-8.

Fundación Speiro

Entendí que mi tarea como director del ISI para el Este era, ayudado por algunos de mis colegas en la organización, apoyar a los elementos anti-fusionistas, muy activos en él, destinando las subvenciones que aportaban los libertarios a apoyar las conferencias de los académicos más críticos, como el doctor Thomas Molnar (1921-2010), conocido exiliado húngaro, en el Brooklyn College de Nueva York, y el doctor Frederick Wilhelmsen (1923-1996) en la Universidad de Dallas (Tejas). En cuanto herejes anti-individualistas, sabíamos que estábamos caminando sobre la cuerda floja al emprender nuestras actividades subversivas, que pronto se complicaron con muchas otras disputas internas. Entre ellas destaca la batalla entre los seguidores del «derecho natural» de Leo Strauss (1899-1973) y sus oponentes de la «ley natural», que recelaban del culto cuasi-tribal de los «straussianos», a quienes acusaban de promover entre la mafia democrática algo parecido a los valores tradicionales, para permitirles, como élite intelectual privilegiada, proseguir tranquilamente sus discutibles objetivos gnósticos. También recuerdo el horror que sintió el doctor Molnar cuando otra fuerza cuasi-tribal –los neoconservadores– aparecieron en escena por primera vez en una escuela de verano del ISI en los 70. «Nunca nos libraremos de ellos», me dijo cuando uno de ellos le atacó verbalmente por atreverse a mencionar el nombre de Carl Schmitt (1888-1985) en una de sus conferencias. Y sin embargo la apelación al legado de Schmitt apuntaba otro problema, pues su propia visión «anti-moderna», más bien hegeliana y romántico-nacionalista, desconcertaba a los miembros más tradicionalmente ortodoxos del ISI, por no hablar de los católicos liberales que formaban parte de él. Entre ellos, a hombres como Erik von Kuehnelt-Leddihn (1909-1999), él mismo una extraña mezcla de tradicionalismo cultural, capitalismo libertario y admiración por la visión política y religiosa de Charles de Montalembert. Los banquetes amparados por la organización podían ser en 1974 eventos realmente peculiares, con los «anti-modernistas» divididos del Oeste brindando por Pío IX, o a mayor gloria de Wall Street, por una «España libre», liberada del yugo de Franco.

Fundación Speiro

Caminar sobre la cuerda floja de esta manera empezó a ser mucho más difícil tras la elección en 1980 de Ronald Reagan como presidente de los Estados Unidos. Su victoria fue contemplada con gran alegría por casi todos los seguidores del Intercollegiate Studies Institute y de *The National Review*. Otorgaba una respetabilidad generalizada a su planteamiento fusionista, además de dar empleo a muchos de sus partidarios, ya fuese en el mismo gobierno, o bien com lobbystas de *think tanks* conservadores y grupos de presión ahora influyentes, como la Heritage Foundation y el American Enterprise Institute. También reforzaba la capacidad de los mecanismos de la Ilustración moderada y del partido del orden (construidos en el interior del sistema estadounidense por la «voluntad de los Fundadores») para «integrar» –o «fusionar»– todas las fuerzas bautizadas como, de una forma u otra, «tradicionales», en un todo irreflexivo y acrítico: una alianza unida, una vez más, sólo para luchar contra el comunismo y contra cualquier cosa que en el futuro pudiese ser catalogada como el enemigo cartaginés de la American Way (vía americana) dispuesta por Dios y de su único dogma-guía «anti-moderno»: la «libertad». Quienes no podían conformarse con el partido del orden tenían ahora menos oportunidades que nunca para evitar su expulsión a las tinieblas exteriores, donde nada podía escucharse sino el rechinar de dientes.

Esto no quiere decir que la cacería de herejes no se enfrentase a dificultades, porque después de 1980 iba a surgir una nueva hostilidad entre muchos de los que interpretaban la intención de la «voluntad de los Fundadores» respecto a la «libertad», dependiendo de cuán económicamente libertario o políticamente neo-conservador fuese el elemento «fusionista» que intentaba dominar la escena. Muchos libertarios influyentes (muy militantes en el ISI en aquella época) no podían admitir el crecimiento del Gobierno inevitablemente asociado con el belicismo de los neo-conservadores, «luchadores de la libertad» y cambiadores de regímenes, cuya influencia creció exponencialmente durante la segunda Administración Bush. El énfasis de los neo-conservadores en un «excepcionalismo» nacional que libera a la

Fundación Speiro

política exterior del país de toda consideración moral universal guiada por la fe y la razón casa bien en la Era Trump entre aquellos cuyo «anti-modernismo» se limita a proteger a la Divina América de la nueva Amenaza Roja: el islam y la inmigración. Sin embargo, la identificación neo-conservadora entre la seguridad de Estados Unidos y la del Estado de Israel alejó a muchos otros ex-fusionistas, que consideraban que no se les había permitido averiguar de dónde procedía esa obsesión. Algunos díscolos, como Joseph Sobran (1946-2010), purgado de *The National Review* por «antisemitismo», simplemente se replegaron al campo de la eterna libertad americana, insistiendo en su carácter –supuestamente más razonable– «anterior a la Guerra Civil, más próximo a la "voluntad de los Fundadores"», mientras que otros habían empezado a ver cada vez más la defensa anti-moderna de Occidente en su forma consciente o inconscientemente neo-pagana, adherida al grupo increíblemente diverso de partidarios de lo que se denomina Alt Right (Derecha Alternativa). Apoyar a «América» y la «libertad» tal como ellos las definen es una ortodoxia suficiente para la mayoría de ellos, entendida siempre como «la voluntad de los Fundadores».

7. Las voces que claman en el desierto: hacia una verdadera visión antimoderna

Esto me trae a la segunda influencia –en última instancia, mucho más definitiva– sobre mi propia e incipiente posición anti-modernista: la reacción católica ortodoxa al Concilio Vaticano II, la cual estaba tomando forma justo cuando me presentaron al hombre, la organización y el periódico antes señalados, e invitaba a sus partidarios a un estudio de la Tradición de la Iglesia en toda su amplitud.

Quizá es mejor comenzar el análisis de esta reacción señalando el efecto que tuvo la creciente heterodoxia en la Iglesia en el fortalecimiento del carácter católico de algunos miembros del bando original fusionista: muy especialmente, L. Brent Bozell, Jr. (1926-1997), uno de los más cercanos colaboradores de su cuñado William Buckley en *The National Review*.

Fundación Speiro

Bozell se apartó decididamente del liberalismo de la Ilustración moderada propio del auto-engañado y «antimoderno» partido del orden americano, como puede verse en su debate con Meyer sobre la necesidad de que la búsqueda de la virtud tenga prioridad sobre la defensa de la «libertad». La obsesión de *The National Review* con la libertad individual, y su impacto sobre la aceptación y la obediencia a la enseñanza moral y social católica le hirieron mucho más profundamente cuando quedó claro que esto no sólo suponía una adulación acrítica del capitalismo, contraviniendo la doctrina social de la Iglesia, sino también un rechazo a los intentos de impedir el aborto en Estados Unidos y un entusiasmo acrítico por todas las aventuras exteriores «liberadoras» de Estados Unidos (13).

En 1966, la irritación de Bozell no sólo por el fusionismo de *The National Review*, sino también por la victoria del pluralismo religioso estadounidense en el seno de la Iglesia postconciliar, le condujo a fundar *Triumph Magazine*, que continuó publicándose, de una forma u otra, hasta enero de 1976. Bozell ofendió a los cada vez más celosos cazadores de herejías al considerar que el rechazo a convertir a los judíos era una nueva forma de antisemitismo, por negarles la plenitud de las promesas de Israel que habían esperado ansiosamente durante siglos. Los editores del nuevo periódico, cuyo primer número después de *Roe vs. Wade* llevaba una franja negra, insistían en que una nación que permitía matar a los no nacidos era una nación cuya población debe romper esencialmente con el sistema; una nación en la que «la Iglesia católica debe reconocer francamente que existe un estado de guerra entre ella y el orden político estadounidense» (14).

---

(13) Véase Jonah Goldberg, *supra*; Brent Bozell, *Mustard Seeds: A Conservative Becomes a Catholic*, Christendom Press; Michael David, *The Fatally Flawed Fusionism of Frank Meyer*, https://theimaginativeconservative.org/2018/01/frank-s-meyer-fusionism-michael-davis.html.

(14) E. Michael Lawrence (ed.), *The Best of Triumph*, Christendom Press, 2001; Daniel Kelly, *Living on Fire: The Life of L. Brent Bozell, Jr.*, Open Road Media, 2014; George A. Lopez, Ronald Lora, William Henry Longton, William Longton, *The Conservative Press in Twentieth Century America*, Greenwood Publishing Group, 1999; Jeet Heer, https://newrepublic.com/article/122056/last-time-conservatives-dismissed-major-encyclical-it-ended-terribly.

Fundación Speiro

Algunos periódicos católicos más veteranos, como *The Wanderer*–que había acogido a Joseph Sobran tras su dimisión de *The National Review*–, se sumaron a esa crítica a Estados Unidos, aunque no tan profunda como *Triumph Magazine*, expresando su escándalo ante la debacle postconciliar. Esta rebelión católica más sustancial, horrorizada ante la complicidad de la mayor parte de la jerarquía en la apostasía nacional, sus partidarios se lanzaron a crear una red de organizaciones para llevar a cabo esa tarea de defender la fe y la moral que la Iglesia dominante parecía haber abandonado. El Foro Romano de Dietrich von Hildebrand, del que he sido presidente desde 1991, salió en defensa en 1968 del *Remnant Newspaper*, fundado recientemente por Walter Matt, y poco después se alió con él. Los grupos provida fueron una consecuencia importante de este fervor organizativo, siendo muchos de ellos inter-denominacionales. El denominado Rescue Movement (Movimiento de Rescatadores), directamente comprometido en violar las leyes injustas para salvar vidas inocentes, los más dispuestos a quebrar los huesos del sistema de forma militante. También hay que mencionar a este respecto revistas devocionales como *The Fatima Crusader*, fundada en 1978, cuyo colaborador más prolífico, el abogado Christopher A. Ferrara, continúa siendo un pilar de los equipos legales provida.

Los «cruzados» católicos particulares, cada uno con su particular enfoque, también han desempeñado su papel en esta tarea. Destacan E. Michael Jones (nacido en 1948), con un periódico muy incisivo, ahora llamado *Cultural Wars*, y el independiente Charles Coulombe (nacido en 1960). La resistencia católica a los efectos destructivos del pluralismo religioso anglo-americano inspirado en la Ilustración moderada no ha dejado de influir también sobre otros periódicos críticos con el «desorden establecido» en Estados Unidos, con el *Chronicles Magazine*, que dirige ya desde hace 44 años el llamado Rockford Institute, lejos del corazón del país (en Illinois).

Muy duradero en sus consecuencias fue el esfuerzo para forjar un *establishment* educativo anti-pluralista enteramente nuevo, centrado, en la mayor parte de los lugares, en el *homeschooling* de los niños (enseñanza en el hogar),

Fundación Speiro

pero dispuesto a establecer también, allí donde fuese posible, escuelas de enseñanza primaria y secundaria. Tan pronto como en 1970, Ronald P. McArthur (1924-2013) incorporó a este proyecto una universidad, con la fundación del St. Thomas Aquinas College en California. En 1977, un año después del hundimiento final de *Triumph*, Warren H. Carroll (1932-2011), uno de los más activos colaboradores del periódico, siguió sus pasos creando el Christendom College en Virginia, cuyo profesorado original al completo era en buena medida resultado de la visión católica internacional de Brent Bozell… sobre la que volveré al final de este texto.

Pero no hay forma de completar este panorama de la crítica católica de la modernidad en Estados Unidos sin traer a escena el poderoso impacto del movimiento tradicionalista post-conciliar, nacido primeramente en defensa de la liturgia romana, pero que llevaba consigo una preocupación aún mayor por la victoria en todo su sentido del Reinado Social de Cristo. A pesar de sus diferentes perspectivas, la Hermandad de San Pío X del arzobispo Marcel Lefebvre (1905-1991) y las comunidades religiosas que se han establecido a partir de Ecclesia Dei, como la Fraternidad de San Pedro, han sido instrumentos fundamentales para impulsar esta –esperemos– fundamental crítica de la modernidad, con el apoyo práctico, intelectual y popular de organizaciones como The Roman Forum y periódicos como *The Remnant*.

8. La impotencia continua

Desgraciadamente, sin embargo, el creciente número de grupos y personalidades que critican la vida contemporánea no suman una fuerza que pueda desafiar eficazmente el predominio de la visión de la modernidad en Estados Unidos. Aunque las amargas disputas entre los católicos ortodoxos sobre la aceptación de la revolución litúrgica en la Iglesia es un importante factor de debilidad, no es la causa más significativa de la carencia de impacto. Hay un fator debilitante mayor: y es que, a pesar de que la Ilustración moderada anglo-americana no representa más que una «acción de

Fundación Speiro

contención» contra evoluciones radicales aún más agresivas, sin embargo los mecanismos de supervivencia a que ha dado nacimiento desde tiempos de la Revolución Gloriosa siguen siendo enormemente eficaces. Su impulso a una libertad religiosa y a una división de los poderes gubernamentales que multiplican el partidismo a un grado en el que una mirada de fuerzas en competencia se controlan y equilibran una a la otra hasta la impotencia, junto con su respaldo a la apelación que hace el partido del orden a la unidad –al fusionismo– contra cualquier cosa que se considere el «Cartago» más peligroso del momento, ambos apoyados por una incesante propaganda de estridente patriotismo que se burla de sus adversarios como si fuesen locos ingenuos, todavía siguen colaborando para garantizar una especie de «degeneración ordenada» que salvaguarda los principios fundamentales de la modernidad.

Lo que esto significa, en la práctica, es que, con la excepción de unas pocas personalidades (como E. Michael Jones) y organizaciones (como The Roman Forum), todas las fuerzas católicas mencionadas antes promueven de una forma u otra aspectos básicos de la visión de la Ilustración moderada y asumen partes importantes del programa del partido del orden. Esto es muy llamativo con respecto a su continuada indisposición a aceptar las consecuencias plenas de la fe católica en lo concerniente a la naturaleza social del hombre, y la consecuente importancia de una jerarquía de autoridades sociales cuya vigorosa intervención en la vida individual es necesaria para buscar el bien común.

Por consiguiente, su respaldo casi universal al individualismo, que se refleja en su abierta oposición a toda acción de gobierno como intrínsecamente mala; su rechazo libertario a cualquier crítica al capitalismo liberal; su impulso a una huida (parecida a la de las sectas protestantes) desde la vida urbana al aislamiento familiar en áreas periféricas del país; e incluso el compromiso de muchos «anti-modernistas» con programas de *homeschooling* desestructurados que recuerdan más a Rousseau que a San Benito o Santo Tomás de Aquino… todo ello convierte en una empresa bastante contradictorio el hecho de que ondeen la bandera del Reinado Social de Cristo.

Fundación Speiro

Es más, incluso si alguno de ellos han sido críticos con las guerras de liberación neo-conservadoras, generalmente ha sido en nombre del otro lado de la moneda de la adulación americanista al carácter divino de los Estados Unidos; el lado que ve la salvación de la nación en cerrar las fronteras al mal, el cual solo puede venir de fuera, si no a través de la amenaza comunista exterior, que parece no disminuir nunca, entonces por medio de una amenaza islámica o una inmoralidad ajena. Y de alguna forma este aislacionismo siempre parece actuar en política exterior de forma beligerante, y que beneficia constantemente al Estado de Israel.

Sí, es cierto: incluso esos elementos católicos que parecía que más probablemente adoptarían un espíritu verdaderamente anti-moderno están terriblemente expuestos a una conversión completa a manos de correligionarios que nunca sintieron la tentación de abandonar el bando del partido del orden, y que siempre han mantenido que el sistema católico estadounidense, esencialmente maravilloso, simplemente se ha alejado temporalmente de «la auténtica voluntad de los Fundadores y de los padres del Concilio Vaticano II que reconocieron su sabiduría». Esta facción, bajo los auspicios de personalidades como el fallecido padre John Neuhaus, el todavía activo George Weigel, los miembros americanos de algunos poderosísimos movimientos y órdenes religiosas internacionales y probablemente la amplia mayoría del episcopado y el clero, creen que una vez que la sabiduría fundadora sea reafirmada tanto en el Estado como en la Iglesia, una vez que la vía américana triunfe globalmente, «el futuro más brillante que cualquier pasado» estará realmente asegurado.

Hay que admitir que algunos de esos estadounidenses a quienes más ha afectado el evidente derrumbe del orden a su alrededor –destacados católicos entre ellos– han cedido en otra dirección, representada por una diversidad de fuerzas que se denominan a sí mismas la Alt Right (Derecha Alternativa), Ilustración oscura o neo-reaccionarios, y por la red de revistas y de portales de internet que les apoyan. Que esos elementos son críticos contra el *establishment* estadounidense es innegable, pero su extraña mixtura de autores judíos y apóstatas cristianos (algunos de ellos altamente

Fundación Speiro

inmorales desde una perspectiva tradicional, con una visión a menudo abiertamente pagana y gnóstica), xenófobos, racistas y con frecuencia exactamente tan individualistas y americanistas en su visión, ciertamente no representan un anti-modernismo tal como lo he definido al principio de esta intervención. Les falta el «rigor dogmático» que Elliot consideraba necesario para lanzar esa cruzada con eficacia.

Sin embargo, mi propia experiencia, confirmada por la observación diaria, ha sido que Estados Unidos sigue siendo una esperanzadora fuente de militancia anti-modernidad. Existe tanta y tan creciente conciencia de que hay algo que está mal en el «desorden establecido», que incluso periódicos como *First Things*, que bajo el control del padre Neuhaus fue realmente el promotor de One Thing (Una Cosa) –la adulación de la Ilustración moderada angloamericana como la única salvación para el catolicismo–, se ha abierto mucho a la crítica a ese modernismo tal como lo presentan los auténticos defensores del Reinado Social de Cristo. A pesar del autoengaño en el que continúan cayendo la mayor parte de los supuestos anti-modernistas americanos, sus defensas se están debilitando. Pero «las voces que claman en el desierto» necesitan mayor confianza en sí mismas y más formación para ser capaces de aventajarles con eficacia, y este fortalecimiento psicológico exige reforzar la unidad católica estadounidense con la comunidad católica internacional, tanto en el espacio como en el tiempo.

T.S. Eliot (1888-1965), que aprovechó enormemente el trabajo de More y de Babbit, y más aún el de Charles Maurras, transmitió las ideas de todos ellos en su poesía y en su labor como editor de *The Criterion* en el Reino Unido, tras emigrar desde Estados Unidos. Eliot llegó a la conclusión de que la única forma de que los aspectos anti-modernos de la visión de todos esos hombres pudiese resultar realmente coherente y fructífera era reconociendo la importancia primordial del dogma religioso católico. Él no creía que pudiese encontrarse en Estados Unidos la atmósfera apropiada para suscitar en hombres y mujeres el compromiso necesario para conseguir ese objetivo, y lamentaba el hecho de que los americanos, como él mismo, sólo pudiesen escapar a su debilitante entorno mediante el

Fundación Speiro

«exilio»: ya fuese «escondiéndose» en Nueva York, en una de las pequeñas universidades del Sur todavía anacrónicamente humanistas que aún existían en su tiempo, o huyendo completamente del país (15). Ezra Pound (1885-1972), otro exiliado, se hizo eco de Eliot en su estilo característico, más hosco. Al responder, a su regreso a Italia, a la cuestión de cómo se sentía tras su liberación del manicomio en el que el gobierno de Estados Unidos le había encarcelado después de la Segunda Guerra Mundial, anunció que no había quedado libre del todo: «Cuando abandoné el hospital, seguía en Estados Unidos, y todo Estados Unidos es un manicomio».

Brent Bozell pensaba algo similar. Muy influido por Frederick Wilhelmsen, quien se enamoró de la cultura histórica católica española mientras impartía su docencia en la Universidad de Navarra, Bozell vio que esta tierra podía aportar precisamente el tipo de atmósfera en el que podía prosperar un espíritu católico que Eliot veía que faltaba en Estados Unidos. Trasladó allí su familia y fundó la Society for the Christian Commonwealth, cuya rama educativa, el Christian Commonwealth Institute, encabezado por Warren Carroll, impartía clases anuales, conferencias y seminarios para estadounidenses en El Escorial a comienzos de 1973.

9. Lo que hay que hacer

Fue este argumento de Eliot, de Wilhelmsen, de Bozell y de Carroll el que me convenció de que «las voces que claman en el desierto» en Estados Unidos necesitaban un aprendizaje más coherente del dogma católico (especialmente el sentido pleno de la Encarnación y y el Reinado Social de Cristo que me enseñaron aquellos pensadores de renacimiento del siglo XIX a quienes los «reaccionarios» de los años 60 dirigían mi atención, conformando auténticamente mi propio anti-modernismo), lejos de la atmósfera castrante y autoengañada de la Ilustración moderada y el partido del orden que aportaban incluso las mejores fuerzas de Estados Unidos.

(15) David Levy, «The Politics of T.S. Eliot», https://traditionalbritain.org/blog/politics-ts-eliot; Russell Kirk, *The Conservative Mind*, cit., y también *Eliot and His Age*, Intercollegiate Studies Institute, 2008.

Fundación Speiro

Por consiguiente, el programa del The Roman Forum se lleva a cabo todos los años en Italia. Pero es un programa anti-moderno diseñado para formar «voces que claman en el desierto» que volverán a la caverna católica llamada Estados Unidos para despertar a los buenos hombres y mujeres de muchos ambientes, católicos y no católicos, cuyos sentimientos de decencia les dicen que han sido estafados por el mundo que les rodea. Y lo hace en el espíritu de los perspicaces comentarios de Ernst Jünger en su extrañamente poderosa novela de 1939 *Sobre los acantilados de mármol* (cap. XX): «Y por ello se hacía sentir la necesidad ordenadora de nuevos teólogos que con toda claridad vieran el mal desde sus apariencias exteriores hasta sus más profundas raíces. Solamente entonces sonaría la hora de golpear con la espada sagrada, como un relámpago que penetra en la oscuridad. Por esta razón cada hombre tenía el deber de sentirse unido a los demás de una manera más fuerte y más clara, y de trabajar en la obtención de un tesoro de legitimidad».

Fundación Speiro